

EDITORIAL

SANTOS DE NUESTRA EPOCA

Posiblemente se achaque a estos editoriales el que inciden casi siempre en un único tema, aunque desde distintos puntos de vista o desde distintos ángulos. Puede considerarse incluso que ello es sinónimo de reiteración o de pobreza temática. Nada más lejos de la realidad. Lo que pasa es que quieren ser actuales, tocando, en la fibra más importante, la problemática que se plantea el hombre de la calle, en cuanto que, con su modernidad inevitable a cuestas, quiere o pretende ser hombre de su tiempo.

Nunca los valores humanos —lo humano— han entrado a formar parte de las preocupaciones y de las ocupaciones de los hombres como en nuestro tiempo. Es este un fenómeno que viene de lejos, del Renacimiento, pero con la variante sustancial de que el humanismo actual es un humanismo de «futuro», abierto hacia adelante y hacia arriba, aunque las apariencias parezcan demostrar, sobre todo por lo que «hacia arriba» se refiere, que la modernidad tiene lastres en los pies y no es capaz de remontarse del suelo. Nuestra época es una época de transición y, como en todas ellas, la convivencia de valores contrapuestos, produce una cierta desorientación y no permite ver claro a los espíritus poco sutiles.

No se puede ser nada en la vida, ni santo siquiera, por supuesto, sin ser previamente, pero total e integralmente, hombre. Y ser hombre significa una comunión que abarca, comprendiéndolo e integrándolo trascendentalmente, todo lo humano. Esa misma plenitud está reñida con todos los nacionalismos, con todos los localismos, con todos los grupos y capillitas, sean de la naturaleza que sean, incluidos los grupos religiosos, porque tiende a una suprema confraternidad universal. Las grandes agrupaciones supranacionales, en lo político, los acercamientos y el diálogo —ese diálogo conciliar que tan poco se usa—, incluso con los ateos, en lo religioso no son otra cosa que síntomas de un mismo fenómeno, de una misma situación, de una misma toma de conciencia. De aquí que pueda hablarse de la canonización de hombres como Martín Lutero King o como los Kennedy, sin que un escándalo hipócrita nos sacuda. Estos hombres dieron su vida por el logro de esa confraternidad planetaria de que antes hablábamos, y los hombres de hoy, con independencia de

nuestra disparidad o de nuestra coincidencia ideológico-religiosa con ellos, vemos operante, vivificadora, la santidad de su entrega final.

Es don José-María González Ruiz —un teólogo de nuestro tiempo— el que, después de recordarnos los versos de Antonio Machado —«¿Tu verdad? No, la verdad. Y ven conmigo a buscarla. La tuya, guárdetela»—, llega a la impresionante conclusión de que la pregunta divina de la fe, a través de todo el devenir de la Historia, no es otra cosa que esta: «¿Dónde está tu hermano?» ¿Dónde está tu hermano? He aquí la clave de la santidad de nuestro tiempo. Nunca el prójimo ha estado tan próximo a nosotros. Los grandes medios de comunicación social de nuestra época nos han acercado, casi de una manera inverosímil, al hermano de Biafra, al de Vietnam, al de Jordania, al de Israel, al que sufre —viva imagen de un Cristo siempre repetido— en cualquier lugar del mundo. Y nos han acercado asimismo al hermano que institucionaliza la injusticia al socaire de las más bellas palabras, al que hace incluso de un pretendido patriotismo o de una pretendida religiosidad pantalla enmascaradora de sentimientos egoístas. El santo de hoy es aquel que sabe constatar limpiamente a la pregunta divina de la fe: ¿Dónde está tu hermano? El que, limpiamente, valientemente, con la «violencia» de la ejemplaridad, desmonta injusticias y soporta la «persecución por la justicia» de que hablan las bienaventuranzas. Todo ello, claro está, con un sentido trascendente, con un sentido de ligazón «hacia arriba», de explicación que viene de lo alto, sin lo cual aquello no es posible. Pero también es cierto que esa trascendencia, que esa espiritualidad que debe traspasar la actuación de los santos de nuestra época, puede ser incluso una trascendencia «inconsciente», en el sentido de que aquélla pueda estar sólo implícita —no expresa— en la actuación. La parábola del samaritano y la distinción que don José María González Ruiz hace entre «ateos creyentes» y «creyentes ateos» nos explican cuanto acabamos de decir.

Hay más santos de los que nos creemos, más de los que nos imaginamos. Y han sido los valores mercantilistas y burgueses de una sociedad de oferta y de demanda los que se han opuesto al florecimiento de la santidad.